

llamado D. José Posadas, que aunque habia sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dió aviso de que en un patio interior, habia una bodega con efectos y dinero que él mismo habia metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo habia penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creído europeo. En este conflicto, mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenia antiguas relaciones de amistad y yo la acompañé. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos, sin embargo, sin accidente hasta el cuartel regimiento del Príncipe, en el que como antes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases: habia en un rincon una porcion considerable de barras de plata, recogidas de la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro, una cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendido de una de estas, el cuadro con la imágen de Guadalupe, que servia de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en su catre de camino con una mesa pequeña delante, con su traje ordinario y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecia ser algun pedazo de estola de aquel color. Recibiéndonos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temia en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien habia hecho capitán y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar, cuando se pudiese, al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para gastos de su ejército, Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunia á cada instante mas y mas gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desorden que no habia bastado á enfrenar el bando publicado y se di-

rigió á caballo á la plaza, donde mi casa estaba, acompañado de los demas generales. Llevaba al frente el cuadro de la imágen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba un tambor: seguian porcion de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y precedia esta especie de procesion el cura con los generales, vestidos estos con chaquetas; como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los hombros que tenian en el regimiento de la Reina, se habian puesto en las precillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habian visto en algunas estampas que usan los edecanos de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la vírgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor peloton de plebe delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente, y cubierto entonces con todo género de suciedades, estaba muy resbaladizo: Allende calló con el caballo y haciendo que este se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe que hulló despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos, en los que se vendian á vil precio los efectos sacados en el botín."

XXII.

Apaciguado el desorden, Hidalgo convocó al ayuntamiento para arreglar el gobierno de la provincia: ofreció la inten-

dencia al alférez real Juan Perez Marañon, quien mas tarde lo desempeñó por nombramiento del gobierno español; pero este y otros capitanes hicieron una oposicion sistemática á todas las medidas de Hidalgo; quien despechado con esta resistencia, nombró intendente á D. Francisco Gomez y asesor al Lic. Carlos Montesdeoca, y previno al ayuntamiento que hiciese los nombramientos de alcaldes, sin que ninguno de los que le habian rehusado su cooperacion sufriese la menor molestia. Así se portaba el hombre á quien mas tarde se habia de acusar de no tener ni la menor nocion de orden y á quien se ha pintado como cruel y sanguinario con sus enemigos políticos. Hidalgo, que desconocia todas las autoridades emanadas del rey, tenia ó aparentaba tener un gran respeto por aquellas que representaban el poder popular aunque de una manera imperfecta, como los ayuntamientos de entonces, y así lo vemos entregarse á la tarea de reorganizar el gobierno civil, primero el de Celaya y luego el de Guanajuato. Como esta ciudad ofrecia grandes recursos materiales, Hidalgo se ocupó en aprovecharlos, y uno de sus primeros actos fué la fundacion de una casa de moneda para la acuñacion de la inmensa cantidad de plata pasta que habia caido en su poder: en pocos dias se montó este establecimiento en la hacienda de San Pedro bajo la direccion de D. Francisco Robles, y de un modo tan perfecto, que las máquinas de aquella casa se trajeron mas tarde á México para perfeccionar las del rey; dichas máquinas, lo mismo que las de la fundicion de cañones, establecida tambien por Hidalgo y dirigida por D. Rafael Dávalos, alumno del colegio de Minería de México, se hicieron conforme á los modelos de un diccionario de artes, que segun cuenta la tradicion, habia sido estudiado con empeño hacia largo tiempo por el mismo Hidalgo y que pertenecia á la biblioteca de D. José María Bustamante. Los resultados de esta última fábrica, lo mismo que todo el armamento, no fueron tan satisfactorios como los de la primera, en la cual no se cambiaron ni los troqueles ni la ley de la moneda. Hidalgo levantó, ademas,

varios cuerpos de ejército y disciplinó otros y tuvo la satisfaccion de que se filiaran en ellos gran número de jóvenes distinguidos por su educacion y sus relaciones; entre ellos se contaban D. Casimiro Chovell, administrador de la mina la Valenciana, D. Mariano Jimenez, alumno de la escuela de Minería de México, D. José María Liceaga, presidente mas tarde del primer congreso mexicano y Lic. D. José María Chico, miembro de una de las familias mas distinguidas de Guanajuato.

XXIII.

Entretanto, la actitud de Calleja inquietaba á los insurgentes de Guanajuato; pero convencido Hidalgo de que este jefe no se habia movido de San Luis, salió por fin con direccion á Valladolid, precediéndole D. Mariano Jimenez con un cuerpo de tres mil hombres. El 1° de Octubre abandonó Hidalgo á Guanajuato, y por donde quiera que pasaba, veia engrosar sus filas por campesinos y rancheros armados de lanzas, hondas, picas y garrotes; al aproximarse á Valladolid, huyeron el obispo Adad y Queipo con todos aquellos que pensaban resistirlo y que se habian desconcertado al saber que los coroneles García Conde y Rul, y el intendente Marin, habian sido aprehendidos por el torero Luna, cerca de Acámbaro. Al acercarse Hidalgo, salió hasta el pueblo de Indapéndaro, una comision compuesta del canónigo Betancourt, del regidor D. Isidro Uriarte y del capitán D. José María Arancivia, para verificar la entrega de la ciudad; hizo esta tranquilamente, y apesar de que el ejército insur-

gente se componia de ochenta mil hombres desordenados, no tuvo el carácter sangriento que la de San Miguel y Guanajuato. Entonces fué cuando el clero cometió el primer acto de bajeza que con tanta frecuencia habia de cometer mas tarde, con todos los caudillos vencedores en nuestras revueltas políticas. Hidalgo, disgustado con el cabildo, declaró vacantes todas las prebendas menos cuatro, recibió mal á los canónigos y no quiso asistir á la misa de gracias que se celebró por su entrada, y apesar de todo esto, el gobernador de la mitra, canónigo conde Sierra Gorda, levantó la excomunion fulminada contra él, y las campanas de la catedral saludaron con sonoros repiques al que pocos días antes era visto como un hijo del infierno. El clero de Valladolid no tuvo ni la entereza de los regidores de Guanajuato, ni la abnegacion suficiente para mostrar una noble indiferencia; su cobardía no le permitió sino usar de la adulacion. La ciudad padeció poco relativamente, con la presencia de los ochenta mil hombres que seguian á Hidalgo; el número de casas saqueadas fué muy corto, y el mismo Allende contuvo inmediatamente el desórden. Nuevos recursos materiales se ofrecieron á la revolucion en Valladolid, el regimiento provincial, cuya oficialidad estaba complicada en el proceso formado á los conspiradores de 1809, se les unió inmediatamente, y su sargento mayor, D. Manuel Gallegos, fué nombrado coronel; este oficial aconsejaba en vano á Hidalgo que organizase mejor á la muchedumbre que lo seguía, Hidalgo lo esperaba todo de la fuerza expansiva de la revolucion, ofuscado por el éxito asombroso que habia tenido su audacia, pues hasta entonces no habia ciudad que no se le rindiese á su paso, ni pueblo que no secundase su causa, ni cortijo que no repitiera con estusiasmo su grito de guerra.

Ya en esta ciudad Hidalgo, expidió por primera vez los decretos aboliendo la esclavitud y los estancos, de que hablaremos mas tarde y que fueron promulgados por segunda vez en Guadalajara. Esto está comprobado por los ejempla-

res auténticos que existen de ellos, con la fecha relativa y la rúbrica del intendente Anzorena. Una prueba mas de que Hidalgo intentaba organizar la revolucion, segun lo iban permitiendo los sucesos.

XXIV.

Organizado con toda prisa el gobierno de la provincia; nombrado intendente de ella D. José María Anzorena, miembro de una respetable familia; Hidalgo quiso aprovechar el tiempo para atacar á México, mientras que Calleja avanzaba á Dolores, y el conde de la Cadena, que guarnecía á Querétaro, caminaba para unirse á las fuerzas de San Luis, dejando abandonada la capital. Hidalgo salió el 19 de Octubre de Valladolid, y en el pueblo de Charo, fué donde encontró al hombre que debia continuar la empresa con una fortuna fabulosa. D. José María Morelos, de humilde origen y que habia servido de arriero hasta los veinticinco años, entró á esta edad al colegio de San Nicalás, del que era rector Hidalgo; habiendo recibido las órdenes sagradas, servia en 1810 los curatos de Nuepétaro y Carácuaro, y cuando llegó á sus oidos que su antiguo maestro habia alzado la bandera de la revolucion proclamando la independecia, dirijióse al instante á Valladolid y no encontrándole lo siguió hasta Charo, donde se le presentó ofreciendo servirle como capellan segun unos, y deseando tomar parte en los azares de la guerra segun otros. Hidalgo habia mandado desde el principio emisarios por toda la Nueva-España, para que propagasen la revolucion, y conforme con este plan, dió á Morelos el título de

coronel y el encargo de insurreccionar las provincias del Sur de México. El grado de coronel entrañaba una distincion, pues no se habia conferido sino á aquellos que presentaban cierto número de gente armada. Sea que Hidalgo, conociendo el carácter de su antiguo discípulo lo hiciese intencionalmente, sea que una feliz inspiracion le hiciese darle tan difícil tarea, de levantar contra el gobierno español todo el territorio comprendido desde la costa de Sotavento hasta la de Acapulco, el caso es que aquella fué acertada medida, pues aquel hombre humilde, sin recursos, sin instruccion, con la fuerza sola de su voluntad, levantó mas tarde ejércitos, continuó la obra del héroe de Dolores, instaló el primer congreso mexicano, expidió una constitucion, modelo en su época, venció á los ejércitos del rey en cien combates y salvó, por decirlo así, la causa de la independenciana mexicana.

Al llegar á Acámbaro, se pasó revista á los ochenta mil hombres que formaban el ejército, y en esa revista Hidalgo fué promovido á generalísimo, Allende á capitán general, Aldama, Jimenez, Balleza y Arias, el mismo que denunció la conspiracion de Querétaro, á tenientes generales y Abasolo y otros, á mariscales de campo; se previno los uniformes que cada uno habia de usar y se celebró este acontecimiento con repiques, salvas y un solemne *Te Deum*. Este acontecimiento, como todos los de aquella revolucion, marcaban perfectamente que la precipitacion con que habia comenzado obligaba forzosamente á sus caudillos el ir organizando en el curso mismo de los sucesos. Dividido el ejército en regimientos de á mil hombres cada uno, con un escaso armamento, con los cañones fundidos en Guanajuato y escasamente dotado de parque, avanzó por Maravatío, Tepetongo, la Jordana é Ixtlahuaca, hasta llegar á Toluca. En todas partes se engrosaban las filas insurgentes; todas las aldeas, las rancherías, las haciendas, recibian á Hidalgo con los brazos abiertos, y el sonoro repique de las campanas y los acordes magestuosos del *Te Deum* y el grito de guerra secundado por los moradores, lo saludaban en su camino

como al libertador de la patria. A su paso salian las poblaciones enteras á saludarlo, los curas lo festejaban, desaparecian los edictos de la Inquisicion y los bandos del virey, y los españoles y aquellos que simpatizaban con ellos, huian amedrentados buscando un refugio en las ciudades. No es así por cierto como se recibe á los bandidos ni á los que vienen unicamente á saquear y á matar; ochenta mil ladrones y asesinos no hubieran dejado pueblo ni hacienda que no arrasaran, ni recuerdos agradables en sus habitantes, y sin embargo, no es extraño todavía encontrar por aquellas comarcas á algun anciano que refiera entusiasmado el dia en que el cura Hidalgo pasó por su pueblo ó frente de su cabaña con su cuadro de *Nuestra Señora de Guadalupe* por estandarte. Su entrada á Toluca no fué acompañada de ningun desorden; la plebe intentó saquear la casa de un español cuando ya el ejército estaba en camino para Lerma, pero contenida por el padre Balleza, se contentó con insultar á García Conde, á Rul y á Merino, que en calidad de prisioneros venian cómodamente en unos coches á la retaguardia de los insurgentes.

XXV.

El virey, al aproximarse Hidalgo, mandó en observacion al teniente coronel D. Fortunato Trujillo, con el regimiento de Tres Villas, dos batallones mandados por D. José Mendiivil y con algunos dragones de España; en esta division iba á medir por primera vez sus armas, contra los libertadores de su patria, D. Agustin de Iturbide, quien mas tarde y des-

pues de realizar la independencia, habia de llamar á sus primeros caudillos asesinos y ladrones y á quien se acusaba por entonces de haber sido uno de los denunciadores de la conspiracion de Valladolid en 1809.

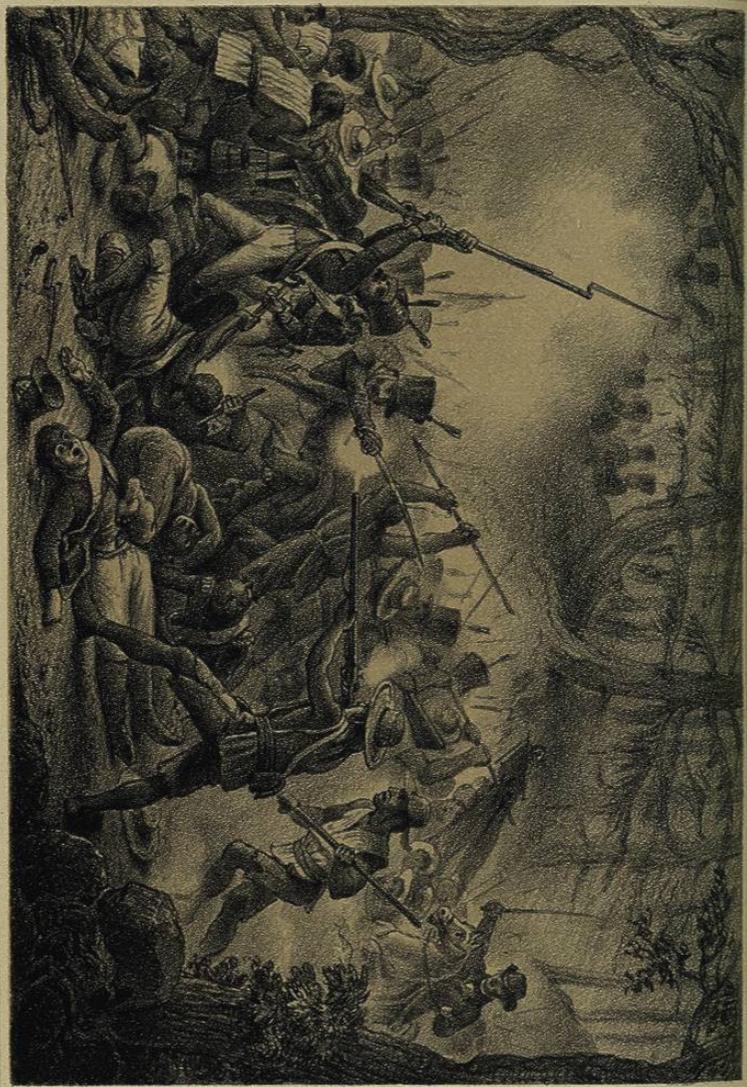
El valle de México, en cuyo centro se asienta la capital, está separado del de Toluca por la alta serranía que lo rodea y que lo limita hácia el Este, al Oeste y al Sur, por montañas que aun conservan los restos de apagados cráteres y cubiertas de espesos y hermosos bosques de pinos, cedros, abetos y otros árboles propios de la zona fria, y cuya vista forma un sorprendente contraste con la vegetacion de la tierra caliente que se distingue por la parte Sur del valle, desde la Cruz del Marques y la pendiente del Ajusco. Hácia el Oeste de la capital la serranía toma el nombre de Monte de las Cruces; al Este de este monte se estiende el valle de México con sus lagos, sus caserios, teniendo en su centro á la ciudad mas hermosa de la América española, limitado al Este por el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl, cuyas nevadas cimas se alzan imponentes dominando la serranía de Rio Frio y todo el valle, al cual se descende por medio de tendidas y áridas lomas á cuya falda se alza el bosque y cerro de Chapultepec; hácia el Oeste del monte de las Cruces se tiende el valle de Toluca dominado tambien por el nevado de Toluca, sembrado de haciendas y tierras de labor, de cortijos y ranchos, y no muy lejos de la falda de las montañas que lo separan del de México, se ven la laguna y rio de Lerma y se alza la ciudad del mismo nombre que se comunica con la de Toluca por medio de una espaciosa calzada.

Trujillo avanzó hasta Toluca y se disponia á salir al encuentro de Hidalgo, cuando supo que la avanzada que habia dejado en el puente de D. Bernabé, sobre el rio de Lerma, en el camino de Ixtlahuaca, habia sido derrotada por algunas partidas insurgentes. Retiróse á Lerma, pero temeroso de ser cortado, se internó en el monte de las Cruces, donde colocó su línea de batalla en una pequeña eminencia situada en donde el camino real hace una gran curva y á una corta dis-

tancia de un gran caserío, cuyos restos existen todavía. Las columnas insurgentes que se habían dirigido por el puente de Atenco para cortar á Trujillo ocupando el monte, se encontraron con las avanzadas españolas la noche del 29, y al día siguiente comenzó la batalla al amanecer con ligeras escaramuzas, durante las cuales recibió Trujillo el refuerzo de dos cañones con una escolta de cincuenta voluntarios y los nulos y negros de D. Gabriel Yermo armados de lanzas. A las once se presentó la columna de ataque frente á las fuerzas españolas, aquella estaba compuesta de cinco compañías del regimiento de Celaya y el batallón provincial de Valladolid, que servía cuatro cañones que iban á la cabeza de la columna; entre tanto, otra parte del ejército se había dirigido por lo mas intrincado del bosque, á ocupar las alturas que dominaban la posición de Trujillo, y las masas desordenadas á las órdenes de Abasolo, ocuparon la parte alta del bosque situada frente á la línea de batalla de los españoles. Esta línea la formaban, Trujillo en el centro de la eminencia que domina el camino sobre el cual colocó uno de sus cañones, el flanco izquierdo lo guardaba el capitán Bringas con la caballería, cubriendo las avenidas del N. O., hacia el camino de México se hallaba situado el sargento mayor D. José Mendivil con un cañon y á la derecha de la línea se situó D. Agustín de Iturbide con tres compañías de infantes.

Allende, que mandaba el ejército insurgente, comprendía que no le era fácil forzar el paso y aprovechando el terreno en que obraba, intentó envolver á Trujillo y para ello mandó una partida que ocupase la venta de Cuajimalpa situada en el camino de México. La batalla se hizo general al encontrarse las avanzadas de Trujillo con los insurgentes que bajaban del bosque; los indios sucumbían á centenares bajo los fuegos certeros de Trujillo; pero su arrojo y su audacia los hacía avanzar hasta la boca misma de los cañones. Bringas y Mendivil habían sido heridos, los soldados españoles desfallecían completamente, las municiones se agotaban y la oficialidad y tropa instaban á Trujillo para que oyese las

BATALLA DE LAS CRUCES.



SHERMAN DE LA VILLA

LIT. DE M. GARCÍA

proposiciones de paz que le hacian sus mismos enemigos al atacarlo. Trujillo cedió al fin; pero cometiendo la mas torpe de las vilezas, fingiendo oír á los parlamentarios les dejó acercarse, y antes de que concluyesen de hablar gritó á sus soldados: *A ellos batallones, fuego.* Semejante conducta, que habia de ser condenada mas tarde en la misma España, irritó á los insurgentes y el ataque principió con nueva y mayor fuerza. Serian las cinco de la tarde cuando Trujillo, viéndose desalojado de todas sus posiciones, emprendió no la retirada, sino la fuga á México, abandonando sus cañones y seguido por la caballería insurgente, se dirigió á la Venta de Cuajimalpa; en esta huida se le desertaron los soldados en masa y los ginetes enemigos penetraban hasta sus filas incitando á los fugitivos á que abandonasen la causa de España. Trujillo, de Cuajimalpa pasó á Santa Fé, donde llegó con cuarenta hombres y despues á Chapultepec, donde dió el parte de la accion considerada como un triunfo por el virey y sus adictos.

Así terminó esta batalla en la que ambos contendientes sufrieron numerosas pérdidas; Trujillo, que habia avanzado hasta Toluca con unos tres mil hombres, volvió á México apenas con quinientos, y el ejército insurgente compuesto de masas de indios que se precipitaban sobre los cañones enemigos, dejó sembrado de cadáveres el sitio de la accion. Si se considera la indisciplina de los insurgentes; si se recuerda que apenas vendrian armados unos mil hombres, y que Trujillo contaba con soldados disciplinados y con gefes inteligentes, no se puede menos de considerar como un triunfo espléndido para las armas de México, esta batalla que abrió á Hidalgo las puertas de la capital de Nueva-España.

XXVI.

Desde que se supo en México la entrada de Hidalgo á Toluca, la agitacion de los ánimos, el terror de unos, el mal disimulado gozo de otros, la inquietud de la plebe y los aprestos militares, conmovieron á la ciudad que hacia trescientos años no escuchaba mas ruido militar que el de las salvas en las juras del rey ó el de los cohetes en las procesiones y fiestas religiosas. Parece que la primera determinacion del virey fué la de retirarse á Veracruz; pero alentado por los auxilios que le ofrecian D. Gabriel Yermo y otros capitalistas españoles, se decidió á resistir, formando su línea de batalla en el paseo de Bucareli. Entre tanto, las personas acomodadas ocultaban sus tesoros y alhajas en los conventos; el virey tomaba disposiciones con una serenidad que era la que mas confianza inspiraba á los vecinos españoles, y las monjas hacian rogativas por el exterminio de los herejes. Representó en dicha ocasion un sainete religioso de ninguna trascendencia, á ejemplo de Hidalgo, que para atraerse partidarios habia invocado el nombre de la vírgen de Guadalupe, los españoles invocaron el de la vírgen de los Remedios, traída por esos dias á México por el capellan de su santuario; se la hizo generala, se le dirigieron invocaciones, se la colocó en la catedral, y sin embargo, su nombre no fué como el de la de Guadalupe, un grito entusiasta de guerra.

Bastante ridículo era el espectáculo de que la madre del Dios del cristianismo, á semejanza de los dioses de la Iliada,